

MIRIAM DOLLY ARANCIBÍA DE CALMELS

*Universidad Católica de Cuyo
Universidad Nacional de San Juan*

El status de la filosofía en la posciencia. Respuestas desde Josef Pieper

"Y así el filosofar en cuanto reflexión sobre la realidad total y como la realización más pura posible de la teoría significa: oír en forma tan absoluta y total, que este silencio que oye no se vea perturbado ni interrumpido por nada, ni siquiera por una pregunta".

Josef Pieper

Quizás el mejor homenaje que puede rendirse a un pensador es mostrar la vigencia de su pensamiento. Hace varias décadas atrás, Josef Pieper escribía acerca de una *"Defensa de la Filosofía"*, los desafíos y exigencias de nuestro tiempo nos remiten a planteos similares. En una época en la que predomina una visión parcializada de la ciencia, signada por un profundo relativismo, en la que pretende imponerse una "epistemología del cómo", con pretensiones de superación de una "epistemología del qué", urge la búsqueda de reflexiones que permitan llegar a las cuestiones existenciales más profundas del ser humano.

Investigar cómo suceden los fenómenos, cómo se miden los resultados a partir de variables observables, nos dará una importante aproximación al cómo acontece el quehacer del ser humano, su mundo y su cultura, pero investigar acerca de las raíces más hondas que dan un sentido pleno a nuestro estar en el mundo, esta actividad requiere de un planteo ontológico mucho más profundo, más radical, requiere en definitiva, de un planteo que nos remite a la esencia misma de las cosas y de lo humano por excelencia: su capacidad de pensar.

En *"Defensa de la Filosofía"*, afirma Josef Pieper: *"Filosofar significa reflexionar sobre la totalidad de lo que nos aparece, con vistas a su última razón y significado. Además, este filosofar, así entendido, es un empeño razonable e incluso necesario, del que no se puede en modo alguno dispensar el hombre que verdaderamente vive en el espíritu o, sencillamente, piensa"*¹.

¹ PIEPER, J., *Defensa de la Filosofía*, Barcelona, Herder, 1989, p. 12.

¿Podemos inferir de esta definición de Filosofía que su actividad propia es la búsqueda de la verdad?. Si así lo fuera, ¿cómo conciliar esta concepción filosófica con actuales posturas epistemológicas que por el contrario afirman que, “aunque la verdad es un objeto de deseo sumamente esquivo que nadie posee y que necesita ser construido. La verdad es un producto histórico, surge desde los discursos y las prácticas sociales, es cambiante, immanente, epocal”².

¿Implica este discurso un giro epistemológico radical para la Filosofía? ¿Concepciones como las de Pieper pasan a formar parte de una concepción pasada del quehacer filosófico?.

Intentaremos dar respuesta a estos interrogantes, abocándonos, desde Pieper, a la tarea nada estéril de una Defensa de la Filosofía

Pretensión de Generalidad

Reflexionar sobre la totalidad de lo que aparece, puede parecer una pretensión demasiado general, vaga, imposible de abarcar. Pieper sostiene que general, tiene que serlo necesariamente, pero eso no implica que sea vaga.

Según Esther Díaz, las leyes científicas inmutables y universales pretendían encerrar lo caótico dentro de los límites de una objetividad intemporal. Sin embargo, en el siglo XX la ciencia ha debido aceptar la inestabilidad, el azar, la indeterminación, los procesos irreversibles, la expansión del universo, la discontinuidad, al evolución de las especies, las catástrofes, el caos, así como el estudio riguroso de los sistemas simbólicos, del inconsciente y de los intercambios humanos³. Ya Albert Einstein había socavado al observador absoluto imaginado por Isaac Newton. La determinación de la velocidad de la luz como constante universal indica que no es posible transmitir señales a una velocidad mayor que la de la luz en el vacío. Se establece así que la simultaneidad absoluta de dos sucesos distantes no puede ser definida, a no ser desde un determinado sistema de referencia. La relatividad modifica las ideas modernas de objetividad y universalidad; sin embargo, insiste aún en perseguir una descripción completa de la naturaleza. La mecánica cuántica, en cambio, no sólo dejará de lado esa pretensión sino que alterará aún más la idea de determinación y de objetividad atemporales.

Uno de los paradigmas de la modernidad fue la ciencia, tal como se la ha concebido desde los siglos XVI y XVII. Pero, desde hace aproximadamente cien años, ese conocimiento comenzó conmovirse. Sus leyes ya

² DÍAZ, E., *La Posciencia*, Buenos Aires, Biblos, 2000, p. 11.

³ *Idem*, p. 18.

no son tan absolutas, tan deterministas ni tan reversibles. No es casual entonces que justamente para la misma época en que comienza la crisis de la ciencia moderna, comience también la reflexión sobre ella, es decir, la epistemología.

La ciencia moderna fue pensada desde una epistemología "gris", para Esther Díaz, esto significa: formalista y pretendidamente ahistórica. Esa epistemología, preocupada fundamentalmente por la reconstrucción racional de las teorías científicas, predominó hasta la década de 1960. Actualmente se la denomina "concepción heredada". En ella la ciencia es reducida a conocimiento científico sin considerar las prácticas sociales que, entrelazadas con los enunciados, constituyen la empresa científica. Actualmente surgen filosofías de la ciencia que, además de considerar las estructuras formales de las teorías científicas, las relacionan con las prácticas concretas y con su inserción histórica. A esta nueva forma de pensar la ciencia, Esther Díaz la denomina "postepistemología" o "epistemología ampliada a lo histórico-social"⁴.

El declinar de la ciencia moderna fue engendrado por ella misma. La tecnología es hija de la ciencia. Pero en la actualidad la tecnología (informática, ingeniería genética, fisión del átomo, medios masivos de comunicación, entre otros derivados de la tecnociencia) han ocupado el lugar de verdad- poder que, hasta mediados del siglo pasado, ocupaba la ciencia, entendida como búsqueda del conocimiento por el conocimiento mismo. En la era de la posciencia, más del 90 por ciento de las investigaciones se realiza en función de su aplicación a la realidad, esto es, de la tecnología. El volumen histórico, que ayer ocupaba la ciencia moderna, es ocupada hoy por la posciencia. Es decir, por un conocimiento sólido dependiente de la técnica y potenciado a la vez por ella. La invención de la informática da cuenta de un cambio epistémico fundamental. El conocimiento hoy, no necesita validarse a partir de un metadiscurso para reafirmarse cognoscitiva y socialmente, como el kantiano en la modernidad. Se valida más bien a partir de la eficacia. Sin olvidar que la eficacia se mide por parámetros económicos establecidos por quienes manejan las leyes; pero no tanto las leyes jurídicas, morales o científicas sino más bien las leyes del mercado multinacional⁵.

Acertadamente, Rubén Pardo señala que siempre, en cualquier sociedad de cualquier época, el saber, el discurso, la teoría, y en general, todo aquello que se podría considerar el ámbito de la "verdad", ha cumplido una función esencial. El mundo de la vida, la esfera de la cotidianidad, así como las prácticas sociales propias de toda comunidad se ven atravesados de modo inexorable en su constitución por el conocimiento. Desde las culturas más primitivas y simples hasta nuestra actual e hipercom-

⁴ *Ibidem*.

⁵ *Idem*, p. 36.

pleja sociedad verdad y poder han sido conceptos destinados a cruzarse, confundirse, a transferirse uno al otro múltiples significados⁶.

En la opinión de Rubén Pardo, nadie dudaría del status histórico de la ciencia; cualquier epistemólogo —perezca a la corriente que fuere— aceptaría, sin oponer objeción alguna, que el saber científico “es” un saber influido por la historia. ¿O acaso alguien podría negar la incidencia de cuestiones culturales, políticas, sociales o económicas en la producción misma del conocimiento, sea éste científico o no?. Es obvio que un científico desarrolla su quehacer y elabora sus teorías desde un contexto determinado, el cual es siempre un contexto histórico⁷. En realidad la cuestión es más profunda y Pardo la resume en estos interrogantes: ¿el conocimiento científico es “esencialmente” histórico?; “las verdades de la ciencia son verdades “objetivas”, independientes, en cuanto a su validez, de la historia, o por el contrario, todo conocimiento, inclusive el científico, se ve afectado de modo esencial por lo histórico?. La diferencia en la respuesta es muy grande, mientras nadie objetaría que el quehacer de la ciencia tiene siempre lugar en un tiempo específico, la cuestión atinente a si esa relación afecta el valor de las verdades científicas ya la cuestión no es tan clara. Si se responde negativamente, se sostendría que la verdad en ciencia es transhistórica, si se responde positivamente, se sostendría que toda verdad, incluso en ciencia, lo es en el marco de un contexto histórico determinado, es decir, dentro de una época o de un “paradigma” determinado. Sobre este punto concluye Pardo que si bien hoy nadie sostendría que las verdades científicas vigentes son necesarias e inmutables, la cuestión de la relación entre ciencia e historia no queda resuelta.

Estas observaciones desde la actual epistemología tornan más problemático aun el objeto de la Filosofía según Pieper, según hemos dicho en la definición antes citada, la Filosofía se ocupa del “todo”. Según Pieper, esto significa la totalidad de lo que se nos presenta⁸. Lo cual conlleva otros interrogantes: ¿qué quiere decir que algo se nos presenta?, y además ¿a quién se le presenta?. Naturalmente, se trata de lo que se le presenta al hombre, a nosotros mismos. Que algo se nos presenta significa que algo se ofrece a nuestra mirada de tal forma que opone resistencia, que yo tropiezo con ello, que doy con ello, que lo hallo delante de mí; que se me enfrenta como obiectum. También el sujeto forma parte de la totalidad de lo que se presenta. Yo mismo me enfrento a mi mirada, dirigida a mí mismo, como algo que encuentro ante mí y que ofrece resistencia; como algo conforme a lo cual tengo que regirme, supuesto que vaya en búsqueda de la verdad⁹.

⁶ *Idem*, p. 37.

⁷ *Idem*, p. 59.

⁸ PIEPER J., *op. cit.*, p. 16.

⁹ *Idem*, p. 17.

Para Josef Pieper la verdad es mostrarse la realidad, es teórica la actitud frente al mundo en la que se apunta a la verdad y nada más que a la verdad. Nunca ni en ninguna parte, sino en la teoría filosófica realizada vitalmente, se da una independencia tan radical frente a cualquier ordenación a un servicio real o sólo excogitable, mediante finalidades prácticas. A esta independencia se refiere la "libertad del que filosofa". Verdad y conocimiento por un lado, y libertad por otro, se hallan en mutua conexión.

La teoría, en cuanto acto de la existencia del hombre, apunta a la pura percepción de la realidad, a alcanzar la verdad. La facultad de percibir la realidad no es siquiera distinta de la razón, así entonces, la naturaleza de la razón se presenta terminantemente en el acto mismo de la teoría, sólo aquí es totalmente ella¹⁰.

Filosofar es para Pieper una actitud humana fundamental frente al mundo, actitud que en gran manera es ajena a toda posición y disposición elegidas a voluntad. Por lo regular, el hombre no se halla en disposición de filosofar, no tiene ganas siquiera de preguntar por la última razón y significado del conjunto de la realidad. Preguntar filosóficamente es un proceso existencial que se desarrolla en el centro del espíritu, un acto espontáneo, acuciante de la vida interior, que no se puede soslayar.

Probablemente sea necesaria una sacudida para salir de la posición corriente, normal frente al mundo, que naturalmente domina la jornada de trabajo, se requiere un poderoso estímulo para que se ponga en movimiento la pregunta, que rebasa la esfera del cuidado por asegurar la subsistencia, por el sentido de la totalidad del mundo y de la existencia en general, es decir, del filosofar. No sólo la lucha contra el hambre nos fuerza a explotar técnicamente y en forma cada vez más intensa, todas las energías disponibles, sino que también la preservación de la libertad en un mundo como el nuestro, dividido y nublado por la lucha de poderes, parece reclamar con razón el empleo de todas las fuerzas. Se pregunta entonces Pieper si tiene sentido insistir en que, a pesar de todo, entre los elementos de una existencia verdaderamente humana sigue contando el tener presente la cuestión de la razón y sentido último de la realidad total y el que es lo que se llama filosofar¹¹.

Sin embargo, ¿tiene cabida esta concepción de la filosofía todavía hoy? ¿Las ciencias han llegado a un punto de su despliegue tal que la filosofía no tiene más función que sistematizar sus resultados? Según Esther Díaz, las sociedades son una expresión organizada del profundo deseo de superar los límites impuestos por el tiempo y el espacio. Nos

¹⁰ *Idem*, p. 53.

¹¹ *Idem*, p. 32.

organizamos para perpetuarnos¹². Desde que el hombre se convirtió en un ser social, se ha preocupado por el fin de los ciclos vitales y ha intentado prolongarlos. El deseo de perpetuidad movilizó las tempranas búsquedas de protección de la salud, tales como refugios, ropas, yerbas medicinales y diversas técnicas curativas.

Pero la vida biológica se mostraba remisa a perdurar, se comenzó entonces a buscar la duración del alma. Y así, para E. Díaz, se "inventó" la trascendencia. Ella ha inspirado, por un lado, el culto a los que ya no están, y, por otro, al instauración de religiones que prometen ciertas formas de vida después de la muerte. Este tipo de promesa tiene la ventaja de no requerir confrontación empírica, es una tarea del espíritu¹³.

Las distintas formas al servicio de la perpetuación dan cuenta de la angustia que produce lo percedero. Los humanos somos los únicos seres vivos conscientes de su finitud. Pero todo irremediamente termina para siempre, aunque el hombre se esfuerce por cambiarlo y se preocupe por crear recetas, técnicas, obras e instituciones que lo ayuden a perdurar. Hoy se espera lograrlo a través de la biología, la clonación por ejemplo, que pertenece a la posciencia. En realidad, la ciencia moderna también se puso al servicio de la perpetuación de los procesos vitales, de la energía, del bienestar. Pero la ciencia contemporánea encontró también la panacea universal. Logró vencer el dolor, a través de la alta tecnología médica, y también los dolores del alma, de la psiquis.

De este modo concluye Esther Díaz que la anhelada piedra filosofal no es otra cosa que la ciencia moderna, y por extensión, la posmoderna (posciencia). Porque la razón científica transformada en razón instrumental brinda los medios para la eficacia económica, la extensión de los ciclos vitales y la desaparición del dolor. A partir de este planteo, el conflicto que queda abierto a la reflexión es, por una parte, cuántos y quiénes pueden acceder a la excelencia de esos medios y, por otra, qué se hace con esa "piedra filosofal".

Sin embargo, a esta posición reduccionista, que niega la realidad metafísica del alma, y por ende, de la trascendencia, que llega a identificar la "piedra filosofal" con la ciencia, se pueden contraponer las palabras de Pieper cuando afirma que la pretensión exclusivista de "la idea científica del mundo" lleva a un camino extraviado que acaba en un desierto estéril¹⁴, no hay nada más saludable para el que filosofa, que hacer frente a este desafío. Sería fatal que quisiera sustraerse a la discusión esclarecedora y al diálogo sin fin, "desde tiempo inmemorial se debate el empeño del hombre por hallar una explicación del mundo y por entenderse él mismo". Pero es importante reconocer la importancia que tiene una

¹² DIAZ, E., *op. cit.*, p. 385.

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ PIEPER, J., *op. cit.*, p. 111.

apertura sin límites ni reservas y sin descartar nada, hacia todo lo que es, apertura que no es una mera actitud o virtud del espíritu, sino más bien su misma esencia, en una palabra, su naturaleza.

Pieper nos presenta la imagen de un camino interminable para designar la situación interna del que filosofa. Con esta analogía apunta a la diferencia más radical que separa la filosofía de la investigación científica. Quien toma sobre sí el empeño de reflexionar sobre el todo del mundo y de la existencia, es decir, de filosofar, "ha puesto con ello el pie en un camino que acá abajo no cubrirá nunca hasta el fin". Está siempre "en camino", nunca se da a la pregunta una respuesta definitiva, nunca queda satisfecha la esperanza.

"Quizá tenga la suerte de hacer comprender a alguien que de esta manera, en el ejercicio vital de la pregunta y de la esperanza, se mantiene de todos modos abierto al objeto infinito, al todo de la realidad; que en cierto modo, sigue constantemente la pista a este objeto..."¹⁵

Estas palabras de Pieper cobran vida y resuenan en nuestros oídos cuando sentimos la necesidad de no fatigarnos frente a la incesante tarea de mostrar la ineludible tarea humana de ahondar en las cuestiones más profundas de nuestro vivir; cuando pese a la superficialidad y el vacío reinantes pretendemos enarbolar un discurso de valores y fines que apuestan a un más allá; cuando frente a posturas reduccionistas y materialistas del hombre y de la ciencia pretendemos reafirmar la perenne búsqueda de lo insondable, lo misterioso y profundo de la vida humana.



¹⁵ *Idem*, p. 98.